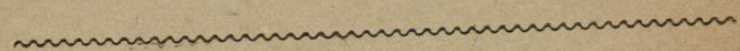


motivos, otros tantos argumentos para afirmarnos y vivir tranquilos sobre las fórmulas y al amparo del sistema de la Filosofía Cristiana. Recibid, pues, este mi modestísimo ensayo con la benevolencia que vosotros, sabios consumados, acostumbráis acordar siempre al esfuerzo honrado en pro de la verdad y del bien.



Discurso

*pronunciado en la velada literaria organizada
por el*

Sr. Lic. D. Eduardo González Gutiérrez

*y que se celebró en esta Capital el día
18 de Octubre de 1895, en honor de la coronación
de la Santísima Virgen de Guadalupe.*



ILUSTRÍSIMOS SEÑORES (1):

SEÑORAS Y SEÑORES:

Hay solemnidades que pasman el espíritu y anudan la palabra en la garganta. Ante su imponente majestad la elocuencia humana se siente desfallecida y parece que no debe ni puede hacer sino callar y admirar. Esa multitud inmensa que aún no abandona la Capital en que vivimos; esas oleadas de peregrinos que desde hace algunos días han surcado todas las rutas de México; las ciudades, las campiñas que se han estremecido á la voz de sus Pastores para tomar el camino de humilde villa, lleno el corazón de tiernísimas y mudas plegarias á la Madre de Dios, como la mente de hondas y sublimes meditaciones; tantos Príncipes, en fin, de la Iglesia que de luengas tierras han venido, trayéndonos los esplendores que siempre comunican el brillo y la dignidad del sacerdocio católico; todo esto, en verdad, forma un espectáculo

(1) Los Ilustrísimos Señores Arzobispos de México, Nueva York y Canadá y Obispos de Tabasco, Sinaloa, Tepic y Querétaro.

que remueve hasta lo más profundo del alma, subyuga aún al indiferente y nos obliga á recogerlos, en medio de las realidades de hoy, con los recuerdos del pasado, que nos permiten oír los ecos de la historia y ver en cada piedra un testigo de los tiempos viejos, en donde quiera que se posa nuestra planta las cenizas de un héroe ó quizá de un santo; en todas partes las tradiciones nacionales mezclándose á las grandezas de la fe, en una armonía tan conmovedora y tan severa, que no parece sino que los Océanos que golpean nuestras costas y la tierra en que los siglos han dejado tantas huellas, van á erguirse también para entonar un himno al son del canto inmenso de la Patria.

¿Cómo expresar entonces con frase que no sea deslucida, los grandes pensamientos que por fuerza llenan el espíritu, si absorto ante las ruinas de lo que fué, no menos maravillado y confuso ante la hermosa alborada de una mañana, que se levanta puro y sonrosado como el sol primaveral sobre la nieve de los volcanes, sobre la esmeralda de nuestros campos, sobre el espejo de nuestros lagos? Porque, señores, al eco majestuoso de las broncíneas voces que hace pocos días anunciaron al mundo, desde lo alto de la Nacional Basílica de Guadalupe, la fausta nueva de la coronación de la Virgen Mexicana, y cuando aún repercutían como repercutirán siempre en todo oído nuestro, las oraciones que de millares de almas se elevan al cielo, formando un himno sin segundo con el murmullo de las selvas, los arpegios de las aves y el estruendo de los torrentes, ¿quién no habrá sentido un mundo de ideas agolparse á su cerebro, inundarse el corazón en un océano de misteriosas é irresistibles impresiones, de esas que

denotan las más nobles pasiones en el hombre y las más tiernas lágrimas en la mujer; pero ¡ay también! de inquietantes dudas sobre la trascendencia del suceso, sobre el porvenir á que él nos empuja, sobre los grandes problemas que ilumina á nuestros ojos; esperanzas y temores, en una palabra, que toman á nuestra alma en las postrimerías de un siglo, heredero obligado de las grandezas de sus predecesores y audaz espectador también de las transformaciones sociales contemporáneas?

En la décimasexta centuria, cuando apenas acababa de completarse ese reguero de gloria que plugo al cielo conceder á las armas españolas y que no brilló tanto sobre los muros de Granada como sobre las ruinas del Imperio de Moctezuma; humeantes aún las hecatombes de la conquista; domados y absortos los vencidos cual si fueran las calladas víctimas de celestes vengadores, la Virgen Guadalupana surgió en nuestro cielo, pisando sobre ángeles, como una mensajera de redención, como un lábaro de esperanza para los oprimidos, á quienes podía haber sido adversa la fortuna de la guerra; pero que contaban desde entonces con una aliada más poderosa que los ejércitos, tanto más tierna y amable cuanto mayor fuera la crueldad de los vencedores, que habrían de fundirse en una sola raza con ellos bajo la mirada dulce é incomparable de la divina aparición del Tepeyac. Tres siglos, señores, no hicieron sino extender y consolidar más y más esa fusión, que acabó en los comienzos del actual por descomponerse para formar nuestra joven é interesante nacionalidad, tras de anunciada y proclamada, bajo la propia advocación Guadalupana, en los estandartes de nuestros héroes de 1810.

Símbolo, pues, primero, de redención y de consuelo, bandera de victoria después, la divina Virgen americana representa sobre México la paz y la concordia entre sus moradores, las esperanzas de los vencidos y la fraternidad definitiva con los conquistadores. A ella, á la dulce mirada de sus ojos, que se dirigen humildemente hacia abajo como para significar que vino á nuestro suelo, no para alentar á los grandes sino para consolar y confortar á los infelices; á su actitud deprecatoria con que parece estar eternamente rogando al Dios de las Misericordias por sus predilectos indios, han ido hasta hoy, como las perdidas avecillas que buscan su caliente nido, cual las ovejas en vano detenidas por la tempestad hacia el tranquilo aprisco, todos nuestros afanes, nuestros anhelos todos, nuestras incesantes demandas de gracia y de consuelo, más que nunca en este nuestro siglo, tan torturado por implacables infortunios. ¿Quién, al arrancarse de sus altares, humedecidos con lágrimas tres veces seculares y cuajados de innumerables ex-votos, como otros tantos símbolos de ventura concedida á los dolores humanos, no ha regresado al hogar, embrazando al menos el escudo inexpugnable de la divina resignación, más fuerte que todas las desgracias? El pensamiento se pone de rodillas, al calcular todo lo que la devoción Guadalupana ha hecho germinar de bueno, de puro, de santo, de delicado y exquisito sobre esta tierra nuestra, que le debe quizá, desde su existencia en el planeta, desde su milagrosa salvación en los naufragios de la historia, hasta esa su visible é imponente vocación hacia los aeternos que nos reserva el porvenir.

Por eso, señores, aunque este nuestro siglo va á tocar ya á su fin, y á medida que avanza para

hundirse en los abismos de la eternidad, muy claro y alto nos dice cómo deja á sus hijos necesidades nuevas que satisfacer, graves y pavorosos problemas que resolver, arduas obligaciones que cumplir, desconocidos ideales á que enderezar nuestra actividad, aún alienta robusta aquella devoción, que, no lo dudéis, ha de continuar siendo como la columna de fuego que nos guíe, á través de todos los obstáculos, hacia adelante, siempre hacia adelante hasta alcanzar la tierra prometida, donde nuestro espíritu pue la hallar aliento y fuerzas para ayudar á la salvación de nuestra posteridad en las luchas en que se pongan á prueba nuestra fe, nuestra cultura, en una palabra, todo cuanto significa y comprende ese caudal inmenso que nos legaron otros siglos y que se llama la civilización católica,

Náufragos en el borrascoso mar de las convulsiones civiles; víctimas con dolorosa frecuencia de nuestras propias pasiones, apenas si acabamos de arribar á una inesperada playa, cuyos nuevos horizontes se dilatan á nuestra vista con el augurio muy dudoso de un venidero siglo de ventura, si falsas preocupaciones, si egoísmos, á mi parecer insensatos, y celos de raza, oportunos y hasta convenientes antaño, pero imperdonables desde hoy, nos impiden, faltos de la debida confianza en los favores de nuestra Virgen Guadalupana, entrar resueltos y sin miedo bajo los arcos majestuosos de la próxima centuria.

Permitidme que os exprese todo mi propio y particular pensamiento á este respecto; pensamiento puro, honrado y cristiano que humildemente expongo delante de todos vosotros y lleno de inmenso amor por ella, á los pies de nuestra querida madre la Virgen del Tepeyac.

Los tiempos modernos se caracterizan por un eclecticismo que pueden ver nuestros ojos confirmado en todas las manifestaciones del espíritu humano. No parece sino que el mundo, ya demasiado fatigado de los exclusivismos antiguos, anhela tomar de cada uno su parte de verdad y de bien, para formar un haz inmenso que satisfaga nuestras inquietantes dudas y serene, como bienhechora lluvia, el horroroso incendio de nuestras pasiones.

En vano á ese eclecticismo, que no es sino hambre de luz en la inteligencia y sed ardentísima de consuelos en el corazón, han pretendido responder, por un lado, las ciencias naturalistas, invocando el maravilloso cortejo de sus ininterrumpidas conquistas, y por el otro la política con las mil formas del régimen gubernativo. A las primeras no ha querido hacer el mundo el sacrificio de sus arraigados y necesarios ideales, y á la segunda le ha arrojado al rostro con la desesperación y la anarquía. A pesar de tales desengaños, las ciencias continúan sus esfuerzos como los gobiernos sus combinaciones; pero también, ¿quién se atrevería á negarlo? siguen las inquietudes del mundo y con ellas sus renovadas ansias de reposo moral é intelectual que en ecos dolorosísimos han tenido también su imponente resonancia en esa tradicional y diligente madre de todas las necesidades humanas, en la Cátedra Cristiana. Lo que las ciencias y los hombres han visto alejarse más y más de sus afanes, ¿no habrá de conseguirlo Dios? Un gran sabio del siglo pasado, cuya mirada de águila lo mismo pudo medir el movimiento de los mundos que contemplar las cénitales inaccesibles alturas de lo infinito, osó decir estas palabras: «el alma tiene razones que la ra-

zón ignora; mientras la ciencia divide, el amor de Dios puede unir."

Y he aquí que, levantándose sobre el encrespado oleaje que agita la humanidad; ante el incesante cambio de pueblos que abandonan sus antiguos lares en busca de imaginarios oasis; entre el cruzamiento de unas con otras razas, en medio el choque de unas con otras ideas, de unas con otras religiones, todas, menos una, igualmente inhábiles hasta para bosquejar la felicidad sobre la tierra, se levanta una voz, cariñosísima como la propia y genuina expresión de la ternura, dulce como la caridad, bella como el faro que contempla el marino en noche de implacable borrasca, la voz del Pontífice reinante, del inmortal León XIII, que, ya aconsejando á los infortunados de este mundo la virtud de la resignación, más fecunda y bienhechora que todas las riquezas, como á los poderosos y opulentos aquella otra de la cual dijo Jesucristo que asemeja el hombre á Dios, ora dirigiéndose sucesivamente en pasmosísimas Encíclicas á las Iglesias griegas de Oriente y á las cismáticas de Alemania é Inglaterra, procura atraerlo todo y fundirlo en el amor de Dios, único que traerá sobre el mundo, dividido é inquieto, helado unas veces por la duda, jadeante otras en pos de los intereses engañosos de la tierra, aquella antigua, sincera y fraternal concordia, verdadero Paraíso perdido de la Cristiandad.

Sí, señores, al lado del mal surge el remedio y sus síntomas son ya patentes en acontecimientos cuya trascendente significación pone asombro en la razón humana. Ahí está, para proclamarlo muy alto, uno de los hechos más grandiosos en la agónica imponente de nuestro siglo, el Congreso de las Religiones que se reunió en Chicago con ocasión

del cuarto centenario Colombino. Ese extraño Concilio Ecu­ménico, convocado por un Pastor protestante, Henry Barrows, surgió y tuvo forma merced á la adhesión en masa del episcopado Norte Americano con el eminentísimo Cardenal Gibbons á su cabeza. En esa reunión de creyentes, única en el curso de los siglos, se encontraron los sacerdotes paganos, mahometanos, judíos, con los católicos y los protestantes de todas las denominaciones. Fué esa una reunión de simpatías, no de disputas. Los católicos, los protestantes, los mahometanos, los judíos, fraternizaron con los paganos, porque los ligaba con ellos ese vínculo santo; la creencia en la divinidad, clara en los unos, confusa en los otros,

Y cuando se hubieron retirado los paganos del Congreso, los cristianos y los judíos simpatizaron con los mahometanos en la creencia en el Dios de Abraham, que fué también el Dios de Israel.— Luego los judíos y los cristianos fraternizaron en el nombre del Dios de Jacob y de David y en el de la creencia común en un Mesías. Llegando, por fin, á la cumbre más alta de esta escala, católicos y protestantes se entendieron por la fe en el hombre-Dios, en Cristo Jesús, Señor de los cielos y de la tierra.

El corazón de todos aquellos sacerdotes se confortó á la vista de ese espectáculo inaudito, de aquel culto universal á la divinidad, de aquella liturgia dividida entre el Cardenal Gibbons, que cantaba, coreado por todo el concurso, los más sublimes versículos de la Biblia que puede repetir hasta un pagano, y el gran rabino judío, que recitaba la oración dominical, el Padre Nuestro, obra sublime del más grande entre los hijos de Judá.

Con razón, señores, una corriente de indescrip­tible entusiasmo circuló por todo el concurso y conmovió hasta las lágrimas todos los corazones, al contemplar siquiera por un momento á la humanidad, concorde en levantar su espíritu hasta Dios.

¿Será México, esta nación nacida ayer, pero audaz é inevitablemente lanzada ya en el espeso torbellino de los tiempos, extraña al movimiento de simpatía y comunicación que acerca hoy á todos los pueblos y como que los obliga á buscarse y transfundirse en unas mismas ideas, en idénticos sentimientos é iguales esfuerzos hacia la verdad y la justicia? Equivaldría á intentar poner diques al torrente impetuoso de la historia, á la segura y providencial labor de los siglos, á través de los cuales, según la frase de Bossuet, ese último Padre de la Iglesia, bajo la mirada atenta de Dios y para sus altos fines, se verifica la gigantesca é inconmensurable trama de los destinos humanos.

No, y mil veces no, señores; que muy lejos de alarmarnos esa homogeneidad que avanza sobre nuestro suelo, debe hacernos sonreír desde la trípode incommovible de nuestra fe, porque es quizá, como aquella unidad del mundo pagano, celebrada por los poetas en odas inmortales, y que si mereció ser profetizada por Daniel en la forma del *sueño de la bestia*, fué, á no dudarlo, el cincelado pórtico bajo el cual quiso pasar, para presentarse triunfante ante el Universo, aquel á quien otro Profeta, el gran Isafás, llamara "el Padre de los tiempos nuevos," nuestro Señor Jesucristo.

Pero nuestros temores se desvanecen por completo, Madre Guadalupana, al volver á tí la faz. Tú, la más grande de las criaturas después del Hacedor del Universo; tú, la de las divinas prome-

sas, la aclamada por los símbolos, la prefigurada en las santas mujeres de la antigua alianza, la que llenas ya el mundo con tus divinas gracias aún antes de nacer, como esas islas embalsamadas que presiente el navegante al perfume que esparcen muy más allá de sus riberas y sobre lo infinito de los mares; tú, María, que opacas á la tierra y á los cielos, eterna admirada de los ángeles y única digna del amor inagotable de Dios, acuérdate que tu primera aparición sobre el mundo, tan semejante por sus motivos á la del collado del Tepeyac, data del Paraíso terrestre. Fué á la hora de la sentencia de nuestra muerte, cuando surgiste en los sombríos horizontes del porvenir, como la esperanza humana. ¡Cúmplase, pues, te lo pide reverentemente la sociedad mexicana, cuyo amor á tí simbolizará para siempre ese grandioso poema de piedra en que acabas de ser coronada, aquel tu bendito y sublime deseo, que comunicaras á un hijo humilde de México: "aquí me han de aclamar todas las gentes."

Dictamen Académico

Sobre ejecución de sentencias extranjeras.
